

DONDE LA POESÍA ES UNA FIESTA

Lo singular empieza con la propia fiesta. O días antes, cuando se llena de carteles todo el país del Bierzo, (El país del Bierzo, el país de Lemos, el país de Valdeorras..., dice siempre Otero Pedrayo; y es un decir muy sugeridor.) Se ven en las paredes y en los escaparates, en los ómnibus de Ferias, Fiestas y Mercados, en las bodegas donde el cosechero vende su vino al menudeo, señalado con bandera blanca. Y son unas llamadas vivas, no sé si escandalosas -¡5 poetas, 5!-, por encima incluso de los anuncios del fútbol, que esos días se quedan borrosos, abochornados.

La fiesta tiene su víspera en la noche avanzada. Pero convendría hablar algo de la propia villa. "Fuimos capital de provincia", se oye en seguida, y verdad es que tal ocurrió, por breve trecho del siglo pasado. A mí, sin embargo -por aquello de la urbe ideal, sin gobernador y con obispo...- me llena más lo que hemos sido en el gran momento de nuestra Colegiata con mitra, o yendo más atrás, a la hora fundacional del Camino de Santiago. Estas y otras honras han dejado memoria en la piedra y trazado urbano. La ciudad entera es una joya. Lo digo sin pasión de hijo. También sin demasiado entusiasmo, porque luego todo se sabe y vienen y nos la estropean. (Ahora, menos mal, el «Boletín Oficial» nos protege. En letras más grandes el nombre de Franco, en letra menuda el del ministro, leo la formación de un Patronato -Consejo de Familia- para guardar lo que ya es conjunto histórico-artístico.) Pues por estas calles y plazas, costanillas y rinconadas y atrios de iglesia transcurre la vigilia del día grande de los versos. Que se hace ella misma a golpe de verso.

Cualquier cronista local, sabe Dios cuándo, escribió que a primera hora de la mañana el disparo de bombas de gran palenque... Pasarán muchos años. Y todo lo más, el disparo de bombas de gran palenque a primera hora de la mañana... Aparte la pereza mental, esas bombas son realmente poderosas. Con su fragor se acerca lo insólito. No va a celebrarse una reunión cerrada y académica. Nadie habla de torneo o justas literarias, nada señala aquí a juegos florales de protocolo cortesano. Todo lo más unos gaiteros, porque poco se pierde con prestar brío a los andares, y la gente marcha para el jardín. ¿Pero qué gente? La de Villafranca; la del Bierzo y comarcas vecinas; algunos fieles -cada año más- que en cualquier lugar de España han oído campanas y si saben dónde... Y casi el milagro: llegados de las montañas del circundo, entre leonesas y galaicas, hombres y mujeres que acaso no han tenido jamás un libro. Silenciosos, atentos, quizá -como manda su condición- un punto desconfiados. Puede que no les llegue sino el roce misterioso de la palabra poética. ¿Pero acaso entendemos del todo -ellos, nosotros- la llegada de la primavera, los presentimientos de una noche, el nacimiento, la muerte, la siembra, la granazón de la cosecha?

En fin, cuando se levante la sesión, de talante como concejil y abierto, va a abrirse un convite de vino de los propios pagos, acompañado -o acompañante- de sólidas razones de la despensa berciana...

Sólo que aquí, sin el tópico de tantas ocasiones y tantos lugares: ese que acota para las autoridades e Invitados. Cuando haya sonado el último verso saldrán jarras y platos para todos, ya se sabe. Y, sin embargo, como está promediado junio, y los días son largos, el corazón creciente, nadie quiere que los poetas se callen. En Villafranca del Bierzo, más que celebrarse una fiesta de la poesía, acontece que la poesía es una fiesta.



La ciudad entera es una joya. Lo digo sin pasión de hijo. También sin demasiado entusiasmo porque luego todo se sabe y vienen y nos la estropean... (En la foto, una panorámica de Villafranca del Bierzo)

Antonio PEREIRA